

El arte de la memoria

Wilde, Oscar y la sorpresa de mis ocho años metida en esos laberintos de personajes nuevos, despiadados, indefensos, todo ese mundo de ficción que venía dominando mi deseo, hecho palabras. Eso, sola, silenciosa, ensimismada.

El escenario de la escuela vacío y una poderosa fascinación ineludible, poder subir, actuar, contar, BAILAR, el deseo de no bajar nunca, de volver una y otra vez; rezar para que enfermara la compañera y poder reemplazarla. Armar escenarios en cualquier parte, el garaje de la abuela Joaquina, el carro de la paja en el campo. Las navidades y mis primos, mi hermana, obligados a actuar por mi férrea decisión. Emociones únicas de armar esos “actos”, días enteros pensándolos, funciones necesarias y esperadas.

Marionetas que quise ver entusiasmada hasta el temblor, frustración por el empresario que huyó con el dinero y ¿las marionetas? Hacia otra parte, inalcanzables.

Circo por aquí, por allá, el vibrar de la función una vez más, circos pobres y ricos que pasaban por la ciudad o por cerca de ella, mi papá tan contento como nosotras y la luz y el color y la música. Ganas de partir en uno de los ambulantes. Ganas de volar por los aires, de doblarme toda enfundada en malla de lentejuelas, de armar la carpa y dar la función para algunos, para todos. Eso con **otros**.

En el después, las sensaciones, cada vez más descubrimientos, el miedo, la soledad y el qué decir y cómo hacerlo; y nuevamente el ámbito, la luz, la música, los signos de los porqués. Todo eso siempre con **otros**, a través de mi cuerpo entero, a través del cuerpo de los **otros**. Cuerpos: instrumentos que templar para la continua función elegida.

16 de abril de 2001

En la querida Escuela de Estética N° 1



Escuela de Teatro de La Plata. Alicia como estudiante de actuación